

co; pero no las diera él entonces por ningún precio; aunque después las perdió en Argel cuando fué allá el Emperador, según lo contamos en las guerras de mar de nuestro tiempo. Dijéronle cómo la Emperatriz deseaba ver aquellas piezas, y que se las pediría y pagaría el Emperador; por lo cual las envió á su esposa con otras muchas cosas, antes de entrar en la corte, y así se excusó cuando le preguntaron por ellas. Diólas á su esposa por joyas, que fueron las mejores que nunca en España tuvo mujer. Casóse pues con doña Juana de Zúñiga, y volvióse á Méjico con ella y con título de marqués.

#### De cómo puso el Emperador audiencia en Méjico

Estaba en España Pánfilo de Narváez, negociaba la conquista del río de las Palmas y la Florida, donde al fin murió; y á vueltas no hacía otro que dar quejas de Cortés en corte, y aun al mismo Emperador dió un memorial que contenía muchos capítulos, y entre ellos uno que afirmaba cómo Cortés tenía tantas barras de oro y plata como Vizcaya de hierro, y ofrecióse á probarlo; y aunque no era cierto, era sospecha. Insistía en que le castigasen, diciendo que le sacó un ojo, y que mató con hierbas al licenciado Luis Ponce de León, como había hecho á Francisco de Garay; y por sus muchas peticiones se trataba de enviar á Méjico á don Pedro de la Cueva, hombre feroz y severo, y que era mayordomo del Rey, y después fué general de la artillería y comendador mayor de Alcántara, para que si aquello era verdad le degollase. Pero como llegaron á la sazón cartas de Cortés, hechas en Méjico á 3 de setiembre de 1526, y los testimonios del doctor Ojeda y licenciado Pero López, médicos, que curaron á Luis Ponce, no se

efectuó; y cuando Cortés vino á Castilla, se reía mucho con don Pedro de la Cueva sobre esto, diciendo: «Á luengas vías luengas mentiras.» El Emperador y todo su consejo de Indias hizo chancillería en Méjico, adonde corriese con pleitos y negocios todos los de la Nueva-España; y por quitar y castigar los bandos entre españoles, y para tomar residencia á Cortés, que se quería satisfacer de sus servicios y culpas, y también para visitar los oficiales y tesorería real. Mandó á Nuño de Guzmán, gobernador de Pánuco, ir por presidente y gobernador, con cuatro licenciados por oidores. Nuño de Guzmán fué á Méjico luego el año de 29. Comenzó luego á entender en negocios con el licenciado Juan Ortiz de Matienzo, y Delgadillo; que los otros murieron. É hizo una terrible residencia y condenación contra Cortés; y como estaba ausente, metió la lanza hasta el regatón. Hicieron almoneda de todos sus bienes á menos precio, llamáronle por pregones, encartáronle, y si allí estuviera, corriera riesgo de la vida; aunque barba á barba honra se cata, y ordinario es embravecerse los jueces contra el ausente. Pero aquellos creo que le fatigaran, porque persiguieron tanto á sus amigos, que aun andar por las calles no osaban; y así, prendieron á Pedro de Albarado, recién llegado de España, solamente porque hablaba en favor de Cortés, y achacándole la rebelión de Méjico cuando vino Narváez. Prendió también á Alonso de Estrada y á otros muchos, haciéndoles manifiestos agravios. En breve tiempo tuvo el Emperador más quejas de Nuño de Guzmán y sus oidores que de todos los pasados; y así, le quitó el cargo, año de 30. Y no sólo se probó su injusticia y pasión en Méjico, mas aun en la corte, y en muchos lugares de España lo probó el licenciado Francisco Núñez con personas que de allá entonces vinieron. Y después pronunciaron los oidores y presidente que fueron tras ellos, por parciales y enemigos de Cortés al Nuño de Guzmán y licenciados Matienzo y Delgadillo, y los condenó la Audiencia á que le pagasen lo que le mal

vendieron. Entendiendo Nuño de Guzmán que le quitaban de la presidencia, temió y fuése contra los teuchichimecas en demanda de Culuacán, que según algunos, es de donde vinieron los mejicanos. Llevó quinientos españoles, los más de ellos á caballo. Unos presos, otros contra su voluntad; y los que iban de grado eran novicios en la tierra, y casi todos los que con él pasaron. En Mechuacán prendió al rey Cazoncín, amigo de Cortés, servidor de españoles y vasallo del Emperador, y que estaba en paz. Y sacóle, según fama, diez mil marcos de plata y mucho oro. Y después quemóle con otros muchos caballeros y hombres principales de aquel reino, porque no se quejasen; que perro muerto no muerde. Tomó seis mil indios para carga y servicio de su ejército. Comenzó la guerra, y conquistó á Xalixco, que llaman Nueva-Galicia, como en otro cabo dije. Estuvo Nuño de Guzmán en Xalixco hasta que el virrey don Antonio de Mendoza y la chancillería de Méjico le hizo prender y traer á España á dar cuenta de sí; y nunca más le dejaron volver allá. Si Nuño de Guzmán fuera tan gobernador como caballero, habría tenido el mejor lugar de Indias; empero húbose mal con indios y con españoles. El mismo año de 1530, que salió de Méjico Nuño de Guzmán, fué allá por presidente y á visitar y reformar la Audiencia, ciudad y tierra, Sebastián Ramírez de Fuenleal, natural de Villaescusa, que era obispo y presidente de la isla de Santo Domingo. Diéronle por oidores á los licenciados Juan de Salmerón, de Madrid; Vasco Quiroga, de Madrigal; Francisco Reinos, de Zamora, y Alonso Maldonado, de Salamanca; los cuales rigieron con justicia la tierra. Poblaron la ciudad de los Ángeles, que los indios llaman Cuetlaxcoapán, que quiere decir culebra en agua, y por otro nombre Vicilapán, que significa pájaro en agua. Y esto á causa de dos fuentes que tiene, una de agua mala y otra de buena. Está veinte leguas de Méjico, y en el camino para la Veracruz. El Obispo comenzó á poner los indios en libertad, y por eso muchos españoles de los pobla-

dores dejaban la tierra, y se iban á buscar las vidas á Xalixco, Honduras, Cuahutemallán y otras partes que había guerras y entradas.

#### Vuelta de Cortés á Méjico

En esto llegó Cortés á la Veracruz. De que se dijo su llegada, y que iba hecho marqués y llevaba su mujer, comenzaron á irle á ver muchedumbre de indios y casi todos los españoles de Méjico, con achaque de salir á recibirle. En pocos días se le juntaron más de mil españoles, y se le quejaban que no tenían qué comer, y decían que los licenciados Matienzo y Delgadillo los habían destruído á ellos y á él, y que viese si quería que los matasen con los demás. Cortés, conociendo cuán feo caso era, reprehendiéolos recio. Dióles esperanza de sacarlos presto de lacería con las armadas que había de hacer, y porque no hiciesen algún motín ó saco, entreteníalos con regocijos. El Presidente y oidores mandaron á todos los españoles que luego volviesen á Méjico, y cada vecino á su pueblo, so pena de muerte, por quitarlos de Cortés; y estuvieron por enviar á prenderle y enviarle á España por alborotador de la tierra. Mas visto por él cuán de ligero se movían los letrados, se hizo pregonar públicamente en la Veracruz por capitán general de la Nueva-España, leyendo las provisiones, que hicieron torcer las narices á los de Méjico. Tras esto partióse derecho allá con un gran escuadrón de españoles é indios, en que había gran copia de caballos. Cuando llegó á Tezcuco mandáronle que no entrase en Méjico, so pena de perdimiento de bienes, y la persona á merced del Rey. Obedeció y cumplió con toda la prudencia que convenía al servicio del Emperador y

bien de aquella tierra, que con muchos trabajos él ganara. Estaba allí en Tezcuco muy acompañado, y con tanta corte y más que había en Méjico. Escribía al Presidente y oidores que mirasen mejor su buena intención, y no diesen asilla á los indios de rebelarse; que de los españoles seguros podían estar. Los indios, viendo estas cosas, mataban cuantos españoles cogían en descampado; y no en muchos días faltaban más de doscientos, todos muertos á manos suyas, así en pueblos como en caminos, y ya estaban hablados, y concertaban de alzarse; pero vinieron algunos á decirlo al Obispo, el cual tuvo miedo; y luego, con acuerdo y parecer de los oidores y de los demás vecinos que en la ciudad estaban, viendo que no tenían mejor remedio ni más cierta defensa que la persona, nombre, valor y autoridad de Cortés, le envió á llamar y rogar que entrase en Méjico. Él fué luego, muy acompañado de gente de guerra, y de veras parecía capitán general. Salieron todos á recibirle, que entraba también la marquesa, y fué aquel un día de mucha alegría. Trataron la Audiencia y él cómo remediarian tanto mal. Tomó Cortés la mano, prendió á muchos indios, quemó algunos, aperreó otros, y castigó tantos, que en muy breve tiempo allanó toda la tierra y aseguró los caminos; cosa que merecía galardón romano.

De cómo envió Cortés á descubrir la costa de la Nueva-España por la mar del Sur

Como Cortés estuvo algo de reposo, le requirieron Presidente y oidores que dentro de un año enviase armada á descubrir por la mar del Sur, conforme á la instrucción y conveniencia que traía del Emperador, hecha en Madrid

á 27 de Octubre y de 29, y firmada de la emperatriz doña Isabel; donde no, que su majestad contrataría con otra persona. Tanto hicieron esto por alejarlo de Méjico, como porque cumpliese lo que había capitulado con el Emperador; que bien sabía cómo tenía siempre muchos carpinteros y navíos en el astillero; pero querían que él mismo fuese allá. Cortés respondió que así lo haría. Dió pues muy gran prisa á dos naos que se estaban labrando en Acapulco. Entre tanto anduvo un sarampión, que llamaron zauatltepitón, que quiere decir lepra chica, á respecto de las viruelas que les pegó el negro de Pánfilo de Narváez, según ya se dijo; y murieron con él muy muchos indios. Fué también enfermedad nueva y nunca vista en aquella tierra. Como las naos se acabaron, las armó Cortés muy bien de gente y artillería; hinchólas de vituallas, armas y rescates. Envió por capitán de ellas á Diego Hurtado de Mendoza, primo suyo. Llamábanse las naos, una de San Miguel y otra de San Marcos. Fueron, por tesoroero Juan de Mazuela, por veedor Alonso de Molina, maestre de campo Miguel Marroquino, alguacil mayor Juan Ortiz de Cabex, y por piloto Melchor Fernández. Salió Diego Hurtado del puerto de Acapulco día de Corpus Christi, año de 1532. Siguió la costa hacia el poniente; que así era el concierto. Llegó al puerto de Xalisco, y quiso tomar agua, no por necesidad, sino por henchar las vasijas que hasta allí habían vencido. Nuño de Guzmán, que gobernaba aquella tierra, envió gente que les defendiese la entrada, y por ser de Cortés, y porque nadie entrase en su jurisdicción sin su licencia. Diego Hurtado dejó el agua, y pasó adelante bien doscientas leguas costeando lo más y mejor que pudo. Amotináronsele muchos de su compañía; metiólos en el un navío, y enviólos á la Nueva-España por ir descansado y seguro. Con el otro navío prosiguió su derrota; pero no hizo cosa que de contar sea, que yo sepa, aunque navegó y estuvo mucho sin que de él se supiese. La nave de los amotinados tuvo á la vuelta tiempo contra-

rio y falta de agua; y así, le fué forzado, aunque no quisieran los que dentro venían, surgir en una bahía que llaman de Banderas, donde los naturales estaban en armas por algunos tratamientos no buenos que los de Nuño de Guzmán les habían hecho. Tomaron los nuestros tierra, y sobre tomar agua riñeron. Los contrarios eran muchos, y mataron todos los españoles de la nao; que no escaparon sino solos dos. Cortés desque lo supo fué á Tecoantepec, villa suya, que está de Méjico ciento y veinte leguas. Adezeó dos navios que sus oficiales acababan de hacer, basteciéndolos muy complidamente, y envió por capitán de uno á Diego Becerra de Mendoza, natural de Mérida, y por piloto á Fortún Jiménez, vizcaíno; y del otro á Hernando de Grijalba, y piloto á un portugués que se decía Acosta: creo que partieron año y medio después que Diego Hurtado. Iban á tres efectos: á vengar los muertos, á buscar y socorrer los vivos, y á saber el secreto y cabo de aquella costa.

Estas dos naos se desrotaron una de otra la primera noche que se hicieron á la vela, y nunca más se vieron. Fortún Jiménez se concertó con muchos vizcaínos, así marineros como hombres de tierra, y mató á Diego Becerra estando durmiendo. Debió ser que riñeron, é hirió malamente á otros algunos. Arribó con la nao á Motin, y echó en tierra á los heridos y á dos frailes franciscos. Tomó agua, y fué de allí á dar en la bahía de Santa Cruz. Saltó á tierra, y matáronle los indios con otros veinte españoles. Con estas nuevas fueron dos marineros á Chiametlán de Xalixeo en el batel, y dijeron á Nuño de Guzmán cómo habían hallado mucha muestra de perlas. Él fué allí, adezeó aquella nao, y envió gente en ella á buscar las perlas. Hernando de Grijalba anduvo trescientas leguas por el noroeste sin ver tierra; y por eso echó luego á la mar á ver si hallaría islas, y topó con una, que llamó Santo Tomás porque tal día la descubrió. Estaba, según él dijo, despoblada y sin agua por la parte que entró. Está en

veinte grados. Tiene muy hermosas arboledas y frescuras, muchas palomas, perdices, halcones y otras aves. En esto pararon aquellas cuatro naos que Cortés envió á descubrir.

Lo que padeció Cortés continuando el descubrimiento del Sur

Cortés, entre tanto que todo esto pasaba, tuvo hechos otros tres navios muy buenos, ca siempre labraba con diligencia y mucha gente naos en Tecoantepec, para cumplir lo capitulado con el Emperador, y pensando descubrir riquísimas islas y tierra. Y como tuvo nueva de todo ello, quejóse al Presidente y oidores, de Nuño Guzmán, y pidióles justicia para que le fuese vuelta su nave. Ellos le dieron provisión, y luego sobrecarta; mas poco aprovecharon. Él, entonces, que estaba amostazado con Nuño de Guzmán sobre la residencia que le hizo, y hacienda que le deshizo, despachó los tres navios para Chiametlán, que se llamaba Santa Águeda, San Lázaro y Santo Tomás, y él fué por tierra desde Méjico muy bien acompañado. Cuando llegó allá halló la nao al través, y robado cuánto en ella iba, que con el casco del navio, valía todo quince mil ducados. Llegaron también los tres navios, embarcóse en ellos con la gente y caballos que cupieron; dejó con los que quedaban á Andrés de Tapia por capitán, ca tenía trescientos españoles y treinta y siete mujeres y ciento y treinta caballos. Pasó á donde mataron á Fortún Jiménez. Tomó tierra primero día del año de 1536, y por ser tal día nombró aquella punta, que es alta, sierras de San Felipe, y á una isla que está tres leguas de allí llamó de Santiago.

Á tres días entró en un muy buen puerto, grande, seguro de todos aires, y llamóle bahía de Santa Cruz. Allí mataron á Fortún Jiménez con los otros veinte españoles. En desembarcando envió por Andrés de Tapia. Dióles después de embarcados un viento que los llevó hasta dos ríos, que ahora llaman San Pedro y San Pablo. Salidos de allí, se tornaron á desrotar todos tres navíos. El menor vino á Santa Cruz, otro fué al Guayabal, y el que llamaban San Lázaro dió al través, ó por mejor decir, encalló cerca de Xalixco; la gente del cual se volvió á Méjico. Cortés esperó muchos días sus naos, y como no venían, llegó á mucha necesidad, porque en ellas tenía los bastimentos; y en aquella tierra no cogen maíz, sino viven de frutas y hierbas, de caza y pesca, y aun diz que pescan con flechas y con varas de punta, andando por el agua en unas balsas de cinco madeiras, hechas á manera de la mano; y así, determinó ir con aquel navío á buscar los otros, y á traer qué comer si no los hallaba. Embarcóse pues con hasta setenta hombres, muchos de los cuales eran herreros y carpinteros. Llevó fragua y aparejos para labrar un bergantín, si fuese necesario. Atravesó la mar, que es como el Adriático; corrió la costa por cincuenta leguas, y una mañana hallóse metido entre unos arrecifes ó bajos, que ni sabía por dónde salir ni por dónde entrar. Andando con la sonda buscando salida, arrimóse á la tierra y vió una nao surta dos leguas dentro un ancón. Quiso ir allá, y no hallaba entrada; que por todas las partes quebraba la mar sobre los bajos. Los de la nao vieron también al navío, y enviáronle su batel con Antón Cordero, piloto, sospechando que era él. Arribó al navío, saludó á Cortés, entróse dentro para guiarle. Dijo que había harta hondura por encima de una reventazón, que por ella pasó su nao. En diciendo esto, encalló á dos leguas de tierra, donde quedó el navío muerto y trastornado. Allí viérades llorar al más esforzado, y maldecir al piloto Cordero. Encomendábanse á Dios, y desnudábanse, pensando guarecer á nado ó en tablas; y ya estaban para

hacerlo cuando dos golpes de mar echaron la nao en la canal que decía el piloto, mas abierta por medio. Llegaron en fin, al otro navío surto, vaciando el agua con la bomba y calderas. Salieron, y sacaron todo lo que dentro iba, y con los cabrestantes de ambas naos la tiraron fuera. Asentaron luego la fragua, hicieron carbón. Trabajaban de noche con hachas y velas de cera, que hay por allí mucha; y así, fué presto remediada. Compró en San Miguel, diecisiete leguas del Guayabal, que cae en lo de Culucán, mucho refresco y grano. Costóle cada novillo treinta castellanos de buen oro, cada puerco diez, cada oveja y cada fanega de maíz cuatro. Salió de allí Cortés, y topó la nao San Lázaro en la barra con la patilla, y desgobernóse el gobernalle. Fué menester haber otra vez carbón, y fraguar de nuevo los fierros. Partiése Cortés en aquella nave mayor, y dejó á Hernando de Grijalba por capitán de la otra, que no pudo salir tan presto. Á dos días que navegaba con buen tiempo se quebró la atadura de la antena de la mesana; que estaba con la vela cogida, y dado el chafardete. Cayó la antena, y mató al piloto Antón Cordero, que dormía al pie del árbol. Cortés hubo de guiar la navegación; que no había quien mejor la hiciese. Llegó cerca de las islas de Santiago, que poco antes nombré, y allí le dió un noroeste muy recio, que no le dejó tomar la bahía de Santa Cruz. Corrió aquella costa al sudeste, llevando casi siempre el costado de la nao en tierra y sondando. Halló un placel de arena, donde dió fondo. Salió por agua, y como no la halló, hizo pozos por aquel arenal, en que cogió ocho pipas de agua. Cesó entre tanto el noroeste, y navegó con buen tiempo hasta la isla de Perlas, que así creo la llamó Fortún Jiménez, que está junto á la de Santiago. Calmóle el viento, pero luego tornó á refrescar; y así, entró en el puerto de Santa Cruz, aunque con peligro, por ser estrecha la canal y menguar mucho la mar. Los españoles que allí había dejado estaban trashijados de hambre, y aun se habían muerto más de cinco, y no podían buscar

marisco, de flacos, ni pescar, que era lo que los sostenía. Comían hierbas de las que hacen vidrio, sin sal, y frutas silvestres, y no cuántas querían. Cortés les dió la comida por mucha regla, porque mal no les hiciese, que tenían los estómagos muy debilitados; mas ellos, con la hambre, comieron tanto, que se murieron otros muchos. Visto pues que se tardaba Hernando de Grijalba, y que era llegado á Méjico don Antonio de Mendoza por virrey, según los de San Miguel le dijieran, acordó dejar allí en Santa Cruz á Francisco de Ulloa por capitán de aquella gente, é irse él á Tecoantepec con aquella nave, para enviarle navíos y más hombres con que fuese á descubrir la costa, y para buscar de camino á Hernando de Grijalba. Estando en esto llegó una carabela suya de la Nueva España, que le venía á buscar, y que le dijo cómo venían atrás otras dos naos grandes con mucha gente, armas, artillería y bastimentos. Esperólos dos días, y no viniendo, fué con el un navío, y topólas surtas cerca de la costa de Xalisco, y llevólas al mismo puerto, donde halló la nao en que iba Hernando de Grijalba atollada en la arena, y los bastimentos dentro y podridos. Hízola limpiar y lavar. Los que sacaron la carne y anduvieron en aquello se hincharon las caras del hedor y bafo, y los ojos, que no podían ver. Levantó el navío, púsolo en hondura, y estaba sano y sin agujero ninguno; cortó antenas y mástiles, que cerca había buenos árboles, y aderezólo muy bien; y luego se fué con todos cuatro navíos á Santiago de Buena-Esperanza, que es en lo de Colimán; donde, antes que del puerto saliese, vinieron otras dos naves suyas, que como tardaba tanto, y la Marquesa tenía grandísima pena, iban á saber de él. Con aquellos seis navíos entró en Acapulco, tierra de la Nueva-España. Muchas cosas cuentan de esta navegación de Cortés, que á unos parecerían milagro y á otros sueño. Yo no he dicho sino la verdad y lo creedero. Estando Cortés en Acapulco, á Méjico de partida, le vino un mensajero de don Antonio de Mendoza, con aviso de su ida por virrey

en aquellas tierras, y con el traslado de una carta de Francisco Pizarro, que había escrito á Pedro de Albarado, adelantado y gobernador de Cuahutemallán, que así había hecho á otros gobernadores, en que le hacía saber cómo estaba cercado en la ciudad de los Reyes con muy gran gente, y puesto en tanta estrechura, que si no era por mar, no podía salir, y que le combatían cada día, y que si no le socorrian presto, se perdería. Cortés dejó de enviar recaudo entonces á Francisco de Ulloa, y envió dos naos á Francisco Pizarro con Hernando de Grijalba, y en ellas muchas vituallas y armas, vestidos de seda para su persona, una ropa de martas, dos sitiales, almohadas de terciopelo, jaeces de caballos y algunos aderezos de entre casa, que él tenía para sí en aquella jornada, y ya que estaba en su tierra, no los había mucho menester. Hernando de Grijalba fué, y llegó á buen tiempo, y tornó á enviar la nave á Acapulco, y Cortés hizo en Cuaunauac sesenta hombres, y enviólos al Perú, juntamente con once piezas de artillería, diecisiete caballos, sesenta cotas de malla, muchas ballestas y arcabuces, mucho herraje y otras cosas, que nunca de ellas hubo recompensa, como mataron no mucho después al Francisco Pizarro, aunque Pizarro también envió muchas y ricas cosas á la marquesa doña Juana de Zúñiga; pero huyó con ellas el Grijalba.

De la mar de Cortés, que también llaman Bermejo

Por el mes de Mayo del mismo año de 1539 envió Cortés otros tres navíos muy bien armados y bastecidos, con Francisco de Ulloa, que ya era vuelto con todos los demás, para seguir la costa de Culuacán, que vuelve al norte. Llamáronse aquellos navíos Santa Águeda, la Trinidad

y Santo Tomás. Partieron de Acapulco; tocaron en Santiago de Buena-Esperanza por tomar ciertas vituallas; del Guayabal atravesaron á la California en busca del un navio, y de allí tornaron á pasar aquel mar de Cortés, que otros dicen Bermejo, y siguieron la costa más de doscientas leguas hasta do fenece, que llamaron ancón de San Andrés, por llegar allí su día. Tomó Francisco de Ulloa posesión de aquella tierra por el rey de Castilla, en nombre de Fernando Cortés. Está aquel ancón en treinta y dos grados de altura, y aun algo más; es allí la mar bermeja, crece y mengua muy por concierto. Hay por aquella costa muchos volcanes, y están los cerros helados; es tierra pobre. Hallóse rastro de carneros, digo cuernos grandes, pesados y muy retuertos. Andan muchas ballenas por este mar; pescan en él con anzuelos de espinas de árboles y de huesos de tortugas, que las hay muchas y muy grandes. Andan los hombres desnudos y trasquilados, como los otomíes de la Nueva-España; traen á los pechos unas conchas relucientes como de nácar. Los vasos de tener agua son buches de lobos marinos, aunque también los tienen de barro muy bueno. Del ancón de San Andrés, siguiendo la otra costa, llegaron á la California, doblaron la punta, metiéronse por entre la tierra y unas islas, y anduvieron hasta emparejar con el ancón de San Andrés. Nombraron aquella punta el cabo del Engaño, y dieron vuelta para la Nueva-España, por hallar vientos muy contrarios y acabárseles los bastimentos. Estuvieron en este viaje un año entero, y no trujeron nueva de ninguna tierra buena: más fué el ruido que las nueces. Pensaba Fernando Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva-España; pero no hizo más de lo que dicho tengo, tanta nao como armó, aunque fué allá él mismo. Créese que hay muy grandes islas y muy ricas entre la Nueva-España y la Especiería. Gastó doscientos mil ducados, á la cuenta que daba, en estos descubrimientos; ca envió muchas más naos y gente de lo que al principio pensó, y fueron causa, como después

diremos, que hubiese de tornar á España, tomar enemistad con el virrey don Antonio, y tener pleito con el Rey sobre sus vasallos; pero nunca nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas.

#### De las letras de Méjico

No se han hallado letras hasta hoy en las Indias, que no es pequeña consideración; solamente hay en la Nueva-España unas ciertas figuras que sirven por letras, con las cuales notan y entienden toda cualquier cosa, y conservan la memoria y antigüedades.

Semejan mucho á los geroglíficos de Egipto, mas no encubren tanto el sentido, á lo que oigo; aunque ni debe ni puede ser menos. Estas figuras que usan los mejicanos por letras son grandes; y así, ocupan mucho; entállanlas en piedra y madera; pintanlas en paredes, en papel que hacen de algodón y hojas de metl. Los libros son grandes, cogidos como pieza de paño, y escritos por ambas haces; haylos también arrollados como pieza de jerga. No pronuncian *b, g, r, s*; y así, usan mucho de *p, c, l, x*; esto es la lengua mejicana y nahuatl, que es la mejor, más copiosa y más extendida que hay en la Nueva-España, y que usa por figuras. También se hablan y entienden algunos de Méjico por silbos, especialmente ladrones y enamorados: cosa que no alcanzan los nuestros, y que es muy notable.

## Los nombres de contar

Ce.	Uno.
Ome.	Dos.
Ei.	Tres.
Nauí.	Cuatro.
Macuil.	Cinco.
Chicoace.	Seis.
Chicome.	Siete.
Chicuei.	Ocho.
Chiconauí.	Nueve.
Matlac.	Diez.
Matlactioce.	Once.
Matlactliome.	Doce.
Matlactlomei.	Trece.
Matlactlinaui.	Catorce.
Matlactlimacuil.	Quince.
Matlactlichicoace.	Dieciseis.
Matlactlichicome.	Diecisiete.
Matlactlichicuei.	Dieciocho.
Matlachtchiconauí.	Diecinueve.
Cempoalli.	Veinte.

Hasta seis cada número es simple y solo; después dicen seis uno, seis dos, seis tres.

Diez es número por sí; y luego dicen diez y uno, diez y dos, diez y tres, diez y cuatro, diez y cinco.

Dicen diez cincuino, y diez seis uno, diez seis dos, diez seis tres.

Veinte va por sí, y todos los números mayores.

## Del año mejicano

El año de aquestos mejicanos es de trescientos y sesenta días, porque tienen dieciocho meses de á veinte días cada uno; los cuales hacen trescientos y sesenta. Tiene más otros cinco días que andan sueltos y por sí, á manera de intercalares, en que se celebran grandes fiestas de crueles sacrificios, pero con mucha devoción. No podían dejar de andar errados con esta cuenta, que no llegaba á igualar con el curso puntual del sol. que aun el año de los cristianos, que tan astrólogos son, anda errado en muchos días; empero harto atinaban á lo cierto, y conformaban con las otras naciones.

## Los nombres de los meses

Tlacaxipeualiztli.	
Tozçuztli.	
Huei tozçuztli.	
Toxcalt.	Tepupochuiliztli.
Eçalcoaliztli.	
Tecuil huicintli.	
Huei tecuilhuitl.	
Miccai huicintli.	
Vei miccailhuitl.	
Uchpaniztli.	Tenauatiliztli.
Pachtli.	Heçoztli.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1940. 1625. MONTERREY, MEXICO



Huei pachtli.	Pachtli.
Quecholli.	
Panqueçaliztli.	
Hatemuztli.	
Titith.	
Izcalli.	
Coauitleuac.	Ciuihuilt.

En algunos pueblos truecan los meses, y en otros los diferencian, según quedan señalados por sí; mas la orden que llevan es la común.

#### Nombres de los días

Cipactli.	Espadarte.
Hecatli.	Aire y viento.
Calli.	Casa.
Cuezpali.	Lagarto.
Coualt.	Culebra.
Mizquintli.	Muerte.
Maçatl.	Ciervo.
Tochtli.	Conejo.
Atl.	Agua.
Izcuyntli.	Perro.
Oçumatli.	Mona.
Malinalli.	Escoba.
Acatlh.	Caña.
Ocelotl.	Tigre.
Coautli.	Águila.
Cozcaquahutli.	Buharro.
Olin.	Temple.
Tecpatlh.	Cuchillo.

Quiauitl.	Lluvia.
Xuchitl.	Rosa.

Aunque estos veinte nombres sirven para todo el año, y no son más que días tiene cada mes, no empero cada mes comienza por cipactli, que es el primer nombre, sino como les viene. La causa de ello es los cinco días intercalares, que andan por sí, y también porque tienen semana de trece días, que remuda los nombres; la cual, pongo caso que comience de ce cipactli, no puede correr más de hasta matltalomei acatl, que es trece; y luego comienza otra semana, y no dice matlactlinaui ocelotl, que es catorceno día, sino ce ocelotl, que es uno, y tras él cuentan los otros seis nombres que quedan hasta los veinte; y como son acabados todos los veinte días, comienzan de nuevo á contar del primer nombre de aquellos veinte; mas no como de uno, sino como de ocho; y porque mejor se pueda entender, es de esta manera:

Ce cipactli.
Ome hecatli.
Ei calli.
Nauí cuezpali.
Macuil couatl.
Chiocoacen mizquintli.
Chicome maçatl.
Chicoey tochtli.
Chiconauí atl.
Matlacizecuintli.
Matlactliocce oçumatli.
Matlactliome malinalli.
Matlactlomei acatlh.

La semana siguiente tras ésta comienza sus días de uno; mas aquel uno es catorceno, nombre del mes y de los días, y dicen:

Ce ocelotl.  
 Ome coautli.  
 Ei cozcauahutli.  
 Naui olin.  
 Macuil tecpatl.  
 Chicoacen quiauitl.  
 Chicome xuchitl.  
 Chicoci cipactli.

En esta segunda semana vino cipactli á ser octavo día, habiendo sido en la primera primero.

Ce maçatl.  
 Ome tochtli.  
 Ei atl.  
 Naui izcuintli.  
 Macuil oçumatli.

Así comienza la tercera semana, en la cual no entra este nombre cipactli; mas maçatl, que fué séptimo día en la primera semana, y no tuvo lugar en la segunda, es el día primero de esta tercera semana. No es más oscura cuenta esta que la nuestra que tenemos, por solas estas siete letras *a, b, c, d, e, f, g*; porque también ellos se mudan y andan de tal manera que la *a*, que fué primer día de un mes, viene á ser el quinto día del otro mes adelante, y al tercer mes es tercero día; y así hacen todas las otras seis letras.

#### Cuenta de los años

Otra manera muy diversa de la dicha tienen para contar los años, la cual no pasa de cuatro; pero con uno, dos,

tres y cuatro cuentan ciento, y quinientos, y mil, y en fin, todo cuanto es menester y quieren. Las figuras y nombres son tochtli, acatlh, tecpatli, calli, que son conejo, caña, cuchillo, casa; y dicen:

Ce tochtli.	Es un año.
Ome acatlh.	Dos años.
Ei tecpatlh.	Tres años.
Nau calli.	Cuatro años.
Macuil tochtli.	Cinco años.
Chicoacen acatlh.	Seis años.
Chicome tecpatlh.	Siete años.
Chicuei calli.	Ocho años.
Chiconau tochtli.	Nueve años.
Matlactli acatlh.	Diez años.
Matlactlioe tecpatlh.	Once años.
Matlactliome calli.	Doce años.
Matlactlomei tochtli.	Trece años.

Tampoco sube la cuenta más de á trece, que es semana de año, y acaba donde comenzó.

#### Otra semana

Ce acatlh.	Un año.
Ome tecpatlh.	Dos años.
Ei calli.	Tres años.
Nau tochtli.	Cuatro años.
Macuil acatlh.	Cinco años.
Chicoacen tecpatlh.	Seis años.
Chicome calli.	Siete años.
Chicuei tochtli.	Ocho años.
Chiconau acatlh.	Nueve años.
Matlactli tecpatlh.	Diez años.
Matlactlioe calli.	Once años.